

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS EN
LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE D. FRANCISCO BERMÚDEZ DE CAÑAS,
DEÁN DE LA SANTA METROPOLITANA Y PATRIARCAL IGLESIA HIS-
PALENSE.

(Continuación.)

grandes destinos que Dios le reserva, y que la Sagrada Escritura revela en esta frase: «Habitará en las tiendas de Sem y será Señora de Cham» (1).

La acción providencial histórica se agranda sin menoscabar en un ápice la libertad humana, hace que nuevos pueblos y nuevas civilizaciones se asocien como piedras labradas del gran templo de la unidad que la eterna Sabiduría meditaba. La sociedad asiática con su Dios naturaleza, sus aristocracias, sus castas, su despotismo y sus crueles sacrificios, tenía gangrenadas las entrañas, desmoralizada la vida, paralizada su energía; y al desmoronarse y caer, como cae y se desmorona el edificio cuyas fuerzas se apartan del centro de gravedad, «nace Grecia (2), acariciada por grata naturaleza; ornada de bosques perfumados que convidan á la meditación y al pensamiento; ceñida de hermosos y rientes mares, que, lejos de encrespase como el Occéano, se rizan cual si quisieran mecer al hombre con su blando arruyo; circundada de islas hermosísimas, parecidas á flotantes cunas de flores, que aguardan un recién nacido. Grecia es el templo del hombre donde, al despotismo absorbente de un tirano, se opone la Ciudad, hogar doméstico de las libertades individuales;» donde la mente y el alma no son absorbidas en la gran sustancia de un Dios panteísta, sino que la Divinidad es mode-

(1) España.—Lledó.—*Historia Universal*.

(2) Castelar.—Obra citada.

lada bajo la forma del hombre, llegando así los Dioses á participar de todos los vicios y todas las virtudes de la humanidad, y donde poesía, artes, literatura, filosofía, monumentos y leyes están bañadas del espíritu de individualismo, que caracteriza la civilización de Occidente, en su antagonismo con el Oriente.

Magnífico, señores Académicos, es el cuadro que ofrece el desenvolvimiento de la vida en esa agrupación de estados, unidos en su principio por la comunidad de intereses, de religión, de lengua y de tradiciones, que forman el mundo griego; pero estados trabajados siempre por ardientes y vivas rivalidades, y en donde las oligarquías tiránicas y las democracias demagógicas debilitaban sin cesar el espíritu público y preparaban la ruina de aquel pueblo, que supo producir genios como Pericles, que dan nombre á un siglo; cantores como Homero, que, con su *Iliada* y su *Odisea*, al narrar la cólera de Aquiles y la vuelta de los Griegos vencedores á sus hogares, conquistó, como ha dicho un historiador, con su inspirado numen el cetro de la civilización para el Occidente; pueblo que vió nacer á Hesiodo, clásico pintor de las virtudes domésticas y religiosas de la Grecia; y los líricos Píndaro, Simónides y Anacreonte; y los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides; pueblo que dió aliento al sublime Demóstenes, personificación de la elocuencia humana, el cual con la palabra manejó á su albedrío todas las pasiones de Atenas y de la Grecia; pueblo que guió la pluma de Herodoto, Tucídides y Jenofonte; dió cinceles á Fidias, Praxiteles y Lisippo para esculpir en el mármol la forma humana, haciendo latir bajo la fría é inerte piedra todo el realismo de ardorosa vida; prestó sus coloridos y bellezas á Zeusis y Apeles, glorias del arte pictórico; inspiró la fantasía de Pitágoras, Demócrito, Empedocles, Platón, Tales y Enclides para impulsar las ciencias físico-naturales y abstractas; fundó con Sócrates la humana filosofía en el estudio del hombre, *Nosce te ipsum*; método que desarrollaron, Platón, fiel intérprete del genio helénico, con sus ideas de lo uno, de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello, cuya razón última existe en Dios, y Aristóteles, observador profundo, que haciendo reales las ideas en el hombre y en la sociedad, aplicólas á la vida en toda la serie de los hechos que la determinan; pueblo que hizo resonar en las orillas del Eu-

frates y del Indus la lira de sus poetas; que estremeció las pirámides de los Faraones al bélico rumor de sus hazañas; y que en la personificación del grande Alejandro «soñó unir el Oriente con el Occidente y regir el mundo con el cetro abandonado por Darío en Arbela en una mano, y las obras de Aristóteles en la otra» (1).

Vano empeño; Grecia tenía marcado su destino en la ley providencial de la historia; ella educa y prepara á Roma, abriéndole el camino del Oriente; su lengua, hija predilecta del sanscrito, llena de armonía, concisión, galanura y belleza, será la lengua del mundo, que lleve la buena nueva á todos los pueblos del orbe; pero Grecia, descuidada de su organización social, manchada con el estigma de la esclavitud, mirando envilecida la mujer y con ella la familia; Grecia, trabajada por sus disensiones intestinos y ambiciones soberbias, debía desaparecer. Y al morir (como dice el historiador citado antes), fué Alejandro el que con la espada difundió su postrer suspiro por el mundo, «dejando que el águila legionaria coronara las antiguas ciudades, antes que con su sombra protegiese su recinto la cruz del Redentor, del Cristo.»

Roma, señores Académicos, aparece en la historia como la síntesis de Oriente y Grecia; resumiendo en su vida y desarrollando en sus instituciones, junto con la inmovilidad imperturbable y despotismo severo de las aristocracias orientales, el movimiento y agitación, las cadencias y armonías, el sensualismo y placeres de los Griegos; pudiendo decirse que, vencida Atenas como poder y avasallada por el Coloso romano, infiltró ella en sus vencedores la idea de su espíritu, haciendo resonar en las orillas del Tíber y en las riberas del Eurotas una misma Teología, un mismo culto, una filosofía idéntica, é idénticas doctrinas.

El helenismo había dado ya todos sus frutos, y Dios preparó á Roma y dió á sus hijos el valor invicto y la constancia que orna la frente de los conquistadores, para esparcir esos elementos sobre toda la tierra, mientras que, atando á su carro de triunfo una tras otra todas las naciones del orbe, preparaba en

(1) España.—Lledó.—Obra citada.

la unidad material de su universal imperio la base á la grande unidad moral; que había de realizar Aquel á quien fueron dadas en herencia todas las gentes y todos los reinos de la tierra.

Formada Roma por la fusión de los latinos, sabinos y etruscos, engrandecida durante su monarquía por Numa, Tulo-hostilio y Anco Marcio, que funda la ciudad de Hostia; después por el etrusco Tarquino I, que la embellece y adorna con templos y edificios, dando principio á la edificación del Capitolio, ella siente nueve impulso bajo la acción de Bruto, que al frente del Patriciado arrolla la monarquía y establece la república, candente arena donde, en incansable lucha, los plebeyos avanzan palmo á palmo hasta abtener su nivelación política con los patricios, invistiendo á Sextio de la jurisdicción civil propia de los Cónsules; y sin amenguarse el ardor bélico de los romanos por las incesantes luchas y discordias civiles, ansiano dominar el mundo, y pasear por él sus invencibles águilas, combaten con los pueblos latinos hasta dominar la Italia toda, triunfantes en Benevento; hollan en los campos de Zama los timbres y laureles de Cartago, ahogando en los charcos de sangre del combate la civilización oriental, que aquélla representaba; vencen en mil batallas á los reyes de Oriente, despertando los dormidos dioses de sus bosques al rudo choque de sus fieras lanzas; y dueños de la Galia, España, Africa, Iliria, Mesia, Grecia y Macedonia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto y las Islas del Mediterráneo, reúnen y sintetizan su espíritu en César, gigantesco coloso como hombre, como guerrero, como político, cuyos vastos proyectos describe un publicista contemporáneo diciendo, «quería la unidad del mundo abriendo las puertas del Capitolio á todas las gentes; quería la unidad del derecho reuniendo en un solo código todas las leyes romanas; quería la unidad religiosa levantando un templo en medio del Campo de Marte, donde cupieran los dioses de todas las teogonías... quería, pareciéndole estrecho el Occidente, donde le faltaba tierra para plantar sus ideas y sangre para regarlas, ir al Asia, recorrer sus inmensos desiertos, llamar á la vida á las generaciones dormidas al pie de sus muertos dioses;... descender por el Cáucaso á buscar ese río de razas bárbaras que incesantemente desembocaba en Europa y atajarlo con su espada;... y así el imperio, limitado

de todas partes por los mares, encerrando en su anchuroso seno el Asia y el mundo bárbaro, sólo se hubiese destruido el día en que Dios hubiese estrellado en los espacios la tierra.» ¡Soñada gloria!! ¡Vano esfuerzo!! el puñal de los brutos y los Casios le hacía caer poco después inerme al pie de la estatua de Pompeyo; y el imperio de Octavio Augusto, en que resplandecen líricos como Tibulo y Propercio, poetas como Ovidio, Horacio y Virgilio, historiadores como Tito Livio, jurisconsultos como Labeo y Capitón, y artistas como Vitrubio, marca la hora suprema en la gran ley providencial que rige las sociedades, haciendo que de la lucha y roce de tantos elementos combinados para formar esta grande unidad romana; de la misma opresión y tiranía que les ha venido fundiendo y amalgamando, cual se funden en la atmósfera las nubes arrastradas por opuestas corrientes, brote la aurora purísima del Cristianismo, cual brilla la luz de la alborada tras la deshecha tormenta.

El rudo estruendo de los combates sostenidos por la Señora del mundo, y el vertiginoso clamoreo de sus impuras bacanales, no lograban apagar el eco lastimero de millares de esclavos hacinados en el ergástulo, pálidos, extenuados, harapientos, temblando al crujir sobre sus desnudas carnes el feroz látigo de sus verdugos; el brillo y esplendor material del siglo de Augusto no era bastante á encubrir la vergonzosa lepra que gangrenaba las costumbres romanas. No había familia, porque el celibato del vicio había matado todas las generaciones en su fuente; la sangre de los esclavos se derramaba en medio de los festines, para despertar con su aspecto á los convidados dormidos en el triclinio de oro; Cayo-graco gastaba en un día cien mil sextercios en un banquete, gigantesca comida que consumía las rentas de tres provincias; Esopo el trágico sirve en su mesa un plato que cuesta setenta y tres mil ochocientos reales; Clodio hace disolver una perla en vinagre, para beber de un solo trago la suma de setecientos treinta y ocho mil reales; y para terminar el cuadro, dejadme decir con el libro sagrado de la *Sabiduría*: «Los hombres sacrifican sus hijos en altares impuros, verifican ritos insensatos en misterios nocturnos, manchados de infamia; no respetan la vida ni la pureza de los matrimonios; el odio arma todos los brazos; el adulterio mancilla todos los corazones

en el seno de una horrible confusión; por todas partes, sangre, homicidio, robo y mentira, corrupción é infidelidad, rebelión y perjurio, olvido de Dios, contaminación de las almas, inestabilidad de las uniones, desórdenes entre esposos y suprema lujuria!!» Ved ahí despojado de todos los encantos de la poesía, de todas las seducciones de la forma, el cadáver del Paganismo. Mas ¿por qué no vive ya en el seno de la humanidad, cuyas entrañas desgarró y cuya sangre bebió á torrentes durante cuarenta siglos? ¿Por qué, cuando tocaba el cenit de su grandeza y encadenaba el mundo bajo el férreo yugo de su poder despótico, se eclipsa el astro de su gloria, enmudecen sus oráculos, se apaga el sagrado fuego de sus altares y la sociedad se conmueve y estremece como agitada por el estertor de la muerte? Es, señores, que ya alborcean los primeros destellos del sol de la reparación; y cumplida la ley providencial que preside á la humanidad en la primer vertiente de la historia, la Roma del Capitolio desaparece, para renacer convertida en la Roma de los Pontífices.

Durante ese largo período que llevamos historiado, un eco de esperanza recorre toda la tierra y confunde en unísono acento los oráculos de Delfos y de Cumas con la voz inspirada y profética de Israel.

El tipo de un Dios libertador se encarna en todas las teogonías de los pueblos orientales; inspira la poesía de Occidente haciendo decir á Virgilio: «*Ultima Cumei venit jam carminis ætas,*» etc.; arranca al orgullo filosófico de Sócrates y Platón la confesión de la necesidad del *Logos*, del Dios sabiduría y poder, diciendo por el labio de Alcibiades: «Cuando yo vea ese día deseado, ofreceremos coronas y los dones que prescriba la nueva ley;» y en el silencio que ocasiona la paz producida por Augusto, silencio parecido al que reinaba en la creación cuando el Omnipotente se inclinaba sobre el caos de la materia primigenia para darle forma, colorido y belleza, voz poderosa descendida de los cielos entona el cántico del universal rescate, cuya primera nota se engendra en los esplendores de la gloria, y cuya postrer armonía se produce en las profundidades del alma humana, diciendo: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios, y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.»

La persona divina de Jesucristo aparece iluminando todos los horizontes de la historia; el árbol divino, cuyas raíces penetran en cuarenta siglos de preparaciones proféticas, de dulces esperanzas, comienza á esparcir sus lozanas ramas en la segunda vertiente de la historia, engalanándose con las flores de la Fe y los frutos de la adoración universal; y esa aureola de esperanza, de Fe y de amor, que inunda la frente del Cristo Dios, desafia todos los esfuerzos del escepticismo y confirma la tesis que venimos estudiando; el movimiento de la historia antes de Jesús tiende providencialmente á preparar á la humanidad para la regeneración; después de Jesucristo se dirige á difundir y establecer su reinado en las almas y en la Sociedad.

Ni los límites de un discurso permiten analizar en su longitud, latitud y profundidad el vasto plan civilizador que desarrolla la religión católica en el período veinte veces secular de la edad cristiana, ni me permitiera jamás cansar vuestra bondad, tan concedora como amante de esa institución grandiosa.

Mas hasta ahora sólo hemos trazado como la sombra y el fondo del cuadro; dejadme, señores, aunque á grandes rasgos, trazar la divina figura de Jesucristo, casta, ideal, hermosísima, y recoger su dulce mirada, más apacible que la luz del primer astro de la tarde, más tranquila que la superficie del lago que rizan perfumadas brisas; dejadme recibir de sus labios, más puros que la flor que abrió su cáliz á la primera luz de la creación, aquella celestial y sencilla doctrina que regenera el espíritu y renueva la sangre, como si fuese la esencia de la vida; dejadme oír su amoroso acento lejos del Areópago y del Foro, en la soledad del desierto, bendiciendo la pobreza, la mansedumbre, las lágrimas, la pureza del corazón la paz del alma, los grandes martirios sufridos por la causa de la justicia; dejadme contemplar á ese divino é infatigable obrero levantando el aluvión de tantos ensualismo, de tantas degradaciones y envilecimientos como atrajeron sobre la inteligencia los orgullos humanos, y depositar en el surco primitivo del alma el germen de la pureza, con cuyos delicados filamentos ha de tejer el blanco cendal que le asemeje de nuevo á los ángeles; dejadme ver cuál desciende de su majestuosa y augusta frente ese destello de autoridad que sancionará todo poder, y hará ya imposibles

en el mundo las despóticas tiranías, y oírle discernir los campos en que deben moverse harmónicamente los poderes civil y religioso, en aquella sublime frase de «Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César;» dejadme besar aquellas divinas manos que fabricaron los cielos, clavadas á la cruz, árbol de eterna vida, que con sus flores perfuma nuestra existencia, poderosas aún para romper las cadenas del esclavo, y proclamar, con la dignidad y libertad del hombre, la igualdad ante la ley, base que debe sustentar el nuevo derecho, y pulverizar las odiosas castas y verdaderas servidumbres; dejadme adorar aquella sangre de precio infinito que dió á la mujer su primitiva dignidad y santificó el hogar doméstico; dejadme, en suma, penetrar en el gran templo de la verdad católica, para buscar allí al Dios espíritu y verdad y abrasarme en el fuego de su amor purísimo. Y cuando contempléis esas cohortes gloriosas que salen de las catacumbas á la faz del imperio, como doradas mieses que produce fértil campo; y cuando del ergástulo y las lampreas, del anfiteatro y el circo se alcen inmensas legiones de héroes invictos, movidos como por un solo resorte, no penséis que son los plebeyos que corren al Aventino para oponerse á los cónsules, no; es el ejército de los confesores de Cristo que, cantando el himno de la libertad del pecado y de la culpa, corren á grabar con caracteres de oro sobre la columna de Trajano este lema victorioso: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

(Continuará)
